

La doctora Alicia M. Zorrilla en la Academia Argentina de Letras

El 7 de octubre de 2002, durante la Jornada de Doctorado, se realizó un acto académico organizado por el Doctorado en Letras, en homenaje a la doctora Alicia M. Zorrilla, por su designación como Miembro de la Academia Argentina de Letras.

Abrió el acto el señor decano de la Facultad de Historia y Letras, escribano Juan Carlos Lucero Schmidt, y contó con la presencia de las siguientes autoridades: doctor Mauro Labombarda, director de posgrado; doctora Alicia Sisca, asesora del Doctorado en Letras; doctora Gloria O. J. Martínez, directora del Doctorado en Letras; profesores y alumnos de los Doctorados, e invitados especiales.

La licenciada Marina Guidotti, doctoranda del Doctorado en Letras, reseñó el curriculum vitae de la homenajeadada; y tras las palabras de la doctora Gloria O. J. Martínez, culminó el acto con el discurso magistral pronunciado por la doctora Alicia M. Zorrilla. Reproducimos aquí ambos discursos.

Dra. Gloria O. J. Martínez Una cultora de la palabra

Como directora del Doctorado en Letras de la Universidad del Salvador, tengo la satisfacción de poner de relieve, ante esta comunidad académica, la personalidad de la doctora Alicia M. Zorrilla, ya que su modestia personal, en su trato diario en nuestro ámbito, no permite que puedan captarse sus valores en su verdadera dimensión.

Acaba de ser distinguida con uno de los más altos galardones que existen en el campo de nuestras letras: la Academia Argentina de Letras la ha designado su miembro, para ocupar el sillón de José Manuel Estrada.

Es «no-fácil», para usar una expresión kantiana, resumir en breves palabras la trayectoria académica de la doctora Alicia M. Zorrilla.

En nuestra Universidad del Salvador, comenzó siendo brillante alumna del Doctorado en Letras, para luego graduarse como doctora en Letras con una tesis memorable sobre el estudio de la sentencia en la obra de Jorge Luis Borges. En la actualidad, es profesora de su especialidad en seminarios de lingüística aplicada de nuestro Doctorado en Letras y en el de Lenguas Modernas, lo que nos colma a la vez de satisfacción y de orgullo, por haber contribuido, en lo que nos atañe, a su formación personal. No obstante, enumeraré, en breve síntesis, algunos aspectos capitales de su fecunda vida intelectual. Su rigurosa formación le hizo alcanzar los títulos de Profesora Especializada, en Castellano, Literatura y Latín, por la Escuela Normal Nacional de Profesores N° 1; Licenciada en Filosofía y Letras por la Universidad Complutense de Madrid, y alcanzó el más alto grado en nuestra universidad como Doctora en Letras. Fue becada por prestigiosas instituciones, como el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, la Università degli Studi di Siena, y por el Consejo de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).

Obtuvo por su labor numerosos premios y distinciones, como el premio Dobranich como la mejor profesora en Letras del Profesorado Roque Sáenz Peña, y el que le otorgó la Municipalidad de Buenos Aires por su obra sobre Juana Manuela Gorriti.

De amplia solvencia didáctica, es fundadora de las Jornadas Nacionales sobre Normativa del Idioma Español; profesora de Lengua Española en el Colegio de Traductores públicos de Buenos Aires, y miembro del Consejo Editorial de la revista académica *El Lenguaraz*. Es, además, Presidenta de la Fundación Instituto Superior de Estudios Lingüísticos y Literarios LITTERAE, cuya prestigiosa revista *Litterae* dirige.

Es autora de numerosos trabajos sobre su especialidad, algunos en colaboración. Ha publicado

recientemente dos obras de imprescindible consulta: la primera, *Diccionario de las preposiciones españolas - Norma y uso*, utilísima guía para responder a las múltiples preguntas que pueden plantearse estudiantes y aun profesores sobre el correcto empleo de las preposiciones de nuestra lengua tan rica y dúctil; y la segunda, su tesis doctoral, que fue editada con el título de *La voz sentenciosa de Borges*.

La especialidad vocacional de la doctora Alicia M. Zorrilla son las palabras y su correcto uso. Esta expresión parece muy simple pero no lo es tanto. Si comencé con una expresión kantiana, no puedo dejar en el olvido las expresiones de otros filósofos con respecto al dominio de las palabras, elemento propio vital de la doctora Alicia M. Zorrilla.

Escuchamos a Heidegger, el que afirmó que el idioma, en sus palabras expresivas, es el don más peligroso otorgado al hombre, si no sabe emplearlo. «La palabra es la casa del ser —decía— pero podría también ser la cárcel.» Y también oigamos a Duverger, diciendo que hay un misterio en el hombre, que no podrá jamás ser totalmente develado, y sobre el cual los poetas arrojan más luz que los hombres de ciencia. Cabe recordar al propio Platón, que no sabía qué hacer ante la extraña sabiduría de esos «maniáticos», los poetas. Y ya que nuestra académica, la doctora Zorrilla, es borgesiana, el primer poeta que se nos presenta es Borges, ese escritor tan cauteloso con sus palabras, «para no entretener naderías», como dice en su conocido poema «El remordimiento»:

[...] mi mente
se aplicó a las simétricas porfías
del arte, que entretiene naderías

Pero no son «naderías» las que entretiene el arte de la palabra, como el mismo Borges reconoce en su *Antología personal*:

Sólo podemos dar el amor
del cual todas las cosas son símbolos

Y descendiendo al llano de nuestros poetas más sencillos, destaco uno: el poeta Manuel Castilla, que habla de las palabras, y nos dice:

De pronto uno comprende que las palabras viven,
que tienen un tiempo, una vida propia, si se

quiere. Que entre la infinita variedad de vocablos que se dicen y oyen diariamente, hay algunos que tienen una resonancia hermosa, distinta. Es cierto también que la determinada resonancia que las palabras tienen en el espíritu proviene de lo que significan. Entre las palabras bellas está, por ejemplo, *mimbre*, de gran delicadeza, que hace pensar en lagunas, en esteros, en aire libre y suelto. ¡Y qué hermosa resonancia la de la voz *golondrina*! Hay algo de juguetería en ella, de niñez despreocupada, de cabellera entregada a las manos del viento. Palabras como éstas las hay muchas en el idioma. Son las que sobresalen entre cientos de voces anodinas. Y son las que, en definitiva, nos hacen amar nuestra lengua.

Esta especialidad a la que ha consagrado su labor la doctora Alicia M. Zorrilla, la de determinar con exactitud la función y el sentido propios de cada palabra, implica una dimensión óptica, que está más allá de las formas. Las palabras actúan sobre nosotros al actuar sobre la realidad.

Sintamos la alegría de que colabore con nosotros una cultora de la palabra valorada hasta en su mínima expresión; una profesora consciente de que el don precioso del idioma no debe emplearse sin perfecto conocimiento, y seamos felices al felicitarla, de poder enriquecernos con sus enseñanzas.

Una última reflexión antes de dejarle la palabra a nuestra académica, la doctora Alicia M. Zorrilla; para constatar que no es casual que este acto de reconocimiento de sus méritos se realice un 7 de octubre, aniversario de la batalla de Lepanto, sobre la que el príncipe de nuestro idioma realizó la síntesis expresiva del elogio, al considerarla «la más alta y noble ocasión que vieron los siglos ni esperan ver los venideros». Y es también la fiesta de Nuestra Señora del Rosario, la Virgen Inmaculada, que expresó la más sublime síntesis de la relación del hombre con Dios, cuando respondió al arcángel Gabriel: *Ecce ancilla Domini. Fiat mihi secundum Verbum tuum.*

Dra. Alicia María Zorrilla
Consagración a las palabras

El hombre, que —como bien dice Jean Guitton— «pide y espera de Dios sólo beneficios materiales», recibe el don de la palabra sin que medie un ruego. No la ha pedido, pero Dios se la concede para que sea hombre y, en ella, guarda Su Eternidad. Le permite hablar para crear y para celebrar Su Creación, Su Poesía. Dios funda la palabra como puente indestructible entre la vida y la Vida. Por eso, en el corazón de todos los vocablos, están las parábolas de Jesús, pues de *parábola* nació *parabla*, y de ésta, por metátesis, *palabra*, que significa, etimológicamente, «habla». Luminosa transformación que sostiene con sencillez la grandeza inefable de lo sagrado: Cristo habla con las palabras que le ha inspirado Dios, y decir las es decir a Dios y pensar en Él. Cada palabra deviene, entonces, un mensaje de la eternidad que nunca abandonamos y nos une estrechamente a ella; contiene «la autorrevelación de Dios a través de Su presencia activa en la creación del mundo»,¹ pero no siempre gozamos de esa vivencia, porque estamos demasiado abstraídos en el progreso de nuestro yo corporal, de nuestro yo social, en las imágenes de lo fugaz que nos alejan de la verdad que debe sostenernos. Leemos entonces: «Hay mujeres que gastan en cirugías, yo me deliro por otro lado»² o «La cifra que había dado a conocer era su tío».

Parece que los hombres del siglo veintiuno vivimos al margen de los verbos, que es lo mismo que decir desterrados de nuestros pensamientos, distantes de lo esencial, distraídos y en rebelión exclamativa. Rendidos, muchas veces, a una existencia trivial, incolora, casi sanchopancesca, hemos dejado de sustentar los valores; hemos menospreciado lo que significa ser dignos de una identidad para no ser como los otros, sino auténticamente otros y defender esa otredad con coraje ético. Por eso, hablamos como si estuviéramos solos, a la in-

temperie, sin ilación alguna («Hace algunos meses que me visitan o me llaman por teléfono regularmente grupos de personas de edades diversas para pedir ayuda de alguna manera a los niños internados en nuestro hospital»),³ o imitando expresiones que alteran la recta formación de los vocablos («Debemos coherentizar nuestros pensamientos» o «Parecían seres hieréticos»), y —lo que es más grave— tampoco nos interesan los errores léxicos o sintácticos que cometemos («Hollywood expresa su dolor por los atentados en la Red»; «Habló sobre el ordeño de las vacas»; «¡Qué repulgue tienen esas empanadas!»); ni las comas o las tildes que omitimos; ni los tiempos y los modos verbales que trocamos alegremente, en las dos acepciones del verbo «trocar», es decir, «cambiar» y «equivocar»; ni los ajetreos gerundios con los que, indefectiblemente, nacemos «muriendo» o recibimos cajas «conteniendo». La coherencia y la cohesión son conceptos abstrusos que se oponen a nuestro habitual estado de destemplanza. ¿Cuándo renunciaremos, pues, a lo superficial, al «por encima» y al «más o menos»?

Lamentablemente, nuestra sociedad no valora lo que significa hablar y escribir con corrección, porque teme lo correcto y lo tacha de académico, sectario y purista. Hay quienes creen que escriben bien, porque no los entienden. Esa falta de valoración conduce a la dejadez y a frases como ésta: «El tratamiento más seguro y eficaz en obesidad».⁴ ¿Pasa inadvertida la preposición errónea «en», en lugar de «contra», porque hablamos de la obesidad? Y si dijéramos «El tratamiento más seguro y eficaz en flacura», ¿sería, acaso, más evidente el error? Con la preposición «en», el verbo «tratar» denota «comerciar mercancías», por lo tanto, afirmamos que, en esta publicidad, hay un mensaje oculto o una intención muy definida.

Buena parte de nuestra sociedad vive de la apariencia, del egoísmo, de la soberbia y —como decía

¹ John Baldock, *El simbolismo cristiano*, traducción de Guadalupe Rubio de Urquía, Madrid, EDAF, 1992, p. 135.

² *La Nación*, Buenos Aires, 31 de agosto de 2002. «Delirar» es verbo intransitivo; denota «desvariar», «decir o hacer despropósitos o disparates».

³ «Cartas de lectores», *La Nación*, Buenos Aires, 24 de agosto de 2002.

⁴ *La Nación*, Buenos Aires, 22 de septiembre de 2002.

Guitton— del «esfuerzo para no hacer esfuerzo»;⁵ no reconoce ni sus defectos ni sus fracasos, y no puede progresar con hombres neutros, sólo hábiles para transitar superficies; necesita héroes de la caridad, del amor, del sacrificio, de la voluntad, de la entrega al prójimo, personas, que, con todas sus limitaciones humanas, participen de un espíritu de perfección, aun en el hablar y en el escribir.

Los escritos reflejan nuestras dudas e inseguridades; son eco de un ámbito cultural quebrantado. Las palabras emprenden caminos sinuosos y se despeñan en una sintaxis que raya, a veces, en lo irracional («La Brigada de Homicidios informó que los asesinos fueron identificados como Jorge Hernán Flores, sindicado como autor material del homicidio, y como partícipes necesarios a Javier Acosta y Cristián Maggio, todos con antecedentes penales»).⁶ Hay, pues, un concepto equívoco de la libertad, y se persevera en la ignorancia. Debemos fundar, entonces, una ética para el lenguaje, darle, por fin, un lugar destacado en nuestras vidas.

Las palabras son recuerdos de las cosas nombradas, cuerpo y alma, sabiduría de las esencias. Leerlas nos inquieta y nos transforma; escribirlas nos traduce y nos llama al florecimiento espiritual para que la belleza deje de ser inasible; decirlas nos ancla en el prójimo, en la otra voz que tanto necesitamos para sentir que somos, para participar en la abandonada conversión al amor y a las virtudes. Como bien dijo Octavio Paz, «el hombre es un ser de palabras. [...] La palabra es el hombre mismo».⁷ Cuando hablamos o escribimos, las usamos, pero no escudriñamos sus adentros, sus galerías aladas y quijotesas, la locuacidad de sus silencios. No nos detenemos a pensar en que cada letra que las forma tiene un valor propio, una historia y un porqué. Cada letra sugiere y oculta algo, porque significa. Nada es gratuito en los planes de Dios, ni siquiera el pájaro que detiene su vuelo para escuchar las campanas de este mundo en el otro.

La voz *palabra* tiene cuatro consonantes —p, l, b, r— y tres vocales que son aes. Los fenicios, verdaderos inventores del alfabeto, dieron a la primera consonante el nombre de *peh*, que significa «boca», lugar del hálito de la vida; con ella, nos unimos al seno materno; con ella, pronunciamos nuestra primera creación. Los griegos la transformaron en *pi*, y los romanos, en *P*.

La «a» tiene su cuna en el *alph* de los fenicios con la denotación de «buey», por su remoto parecido gráfico con la cabeza y los cuernos de ese animal. Luego, los hebreos la llamaron *aleph*, y los griegos, *alfa*. Cuando decimos *palabra*, tres aes rehacen el instante con su albor de alabanzas, de aguas, de atalayas; con su sangre apacible, tan paciente como el mar cuando se deshace en la arena. Y tan grande es su simbología que, en el proverbio bíblico (14, 4), dice Salomón que «sin bueyes, el granero está vacío». Así lo sintió don Pedro de Salas cuando publicó, en 1829, su *Compendio latino-hispánico*: «Primera letra en dignidad y naturaleza, la de sonido y pronunciación más claros, la más alegre de decir, la más excelente en sus formas, reina de los otros elementos del alfabeto y superior a todos ellos en mérito».⁸ Su primer lugar en el abecedario nos habla del principio, y como reza el Evangelio de San Juan, «al principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios».

El alfabeto fenicio también nos habla de los orígenes de la «l». Esta letra recibía el nombre de *lamed*, «cayado», pues representa el palo con que los pastores azuzaban a los bueyes. Los griegos la llamaron *lambda*, y los romanos, *L*.

La «b» (*beth*, para los fenicios) evoca la «casa». Se la considera la más dulce de todas las consonantes labiales. Y, tal vez lo sea, porque el *Diccionario de autoridades* (1726-1739), de la Real Academia Española, define «besar» de esta manera: «Poner la boca sobre alguna cosa y, frunciendo y apretando los labios, pronunciar la letra B tácitamente».⁹

⁵ *El trabajo intelectual*, Madrid, RIALP, 1999, p. 141.

⁶ *La Nación*, Buenos Aires, 24 de agosto de 2002.

⁷ «El lenguaje», *El arco y la lira*, 5ª reimp., México, FCE, 1983, p. 30.

⁸ Citado por Gregorio Salvador y Juan R. Loxares, «La reina del abecedario», *Historia de las Letras*, Madrid, Espasa Calpe, 1996, p. 15.

⁹ Tomo I, Madrid, Gredos, 1969.

La consonante «r» (resh, entre los fenicios), que para algunos es una «p» que marca el paso, se relaciona, desde sus orígenes, con el movimiento recio y con la fuerza. De acuerdo con el alfabeto fenicio, significa «perfil». La vibrante múltiple permite que la lengua se desplace de dentro a fuera, que se desentrañe para mitigar la sed de esos días sin horas en que un río ignorado y una estrella sueñan con la rosa inalcanzable que, sin perder su aroma prístino, se marchita eternamente en un vaso de cristal. Porque también se lucha con la palabra en la penumbra de apasionados silencios, de frustrados nacimientos, cuando el dolor llega a la cima de su noche; y en ese combate, espadas de fuego y de hielo estallan avasallantes, ascienden y se desgarran, fingen la inmortalidad, se adentran ardientes, gélidas, en las memorias del aire para no sucumbir desiertas en los mudos territorios de la página, pero el que escribe sabe que otra vez ha perdido el Paraíso. Por eso, dice Octavio Paz:

Escribo sobre la mesa crepuscular, apoyando fuerte la pluma sobre su pecho casi vivo, que gime y recuerda al bosque natal. La tinta negra abre sus grandes alas. La lámpara estalla, y cubre mis palabras una capa de cristales rotos. Un fragmento afilado de luz me corta la mano derecha. Continúo escribiendo con ese muñón que mana sombra. La noche entra en el cuarto, el muro de enfrente adelanta su jeta de piedra, grandes témpanos de aire se interponen entre la pluma y el papel. Ah, un simple monosilabo bastaría para hacer saltar al mundo. Pero esta noche no hay sitio para una sola palabra más.¹⁰

Hemos descubierto, pues, que este sustantivo *palabra*, que es nombre de todos los nombres, tiene su ambiente; guarda en sus entrañas una especie de pastorela, ese canto sencillo y alegre que acompaña a los pastores: una casa, tres bueyes, un cayado y una boca para los decires del alma en alguna hora solitaria del fatigado camino. Recordemos que Jesús es el Buen Pastor. Un poema oculto en un solo

vocablo, que parece abrirse lentamente, «a» tras «a», con ansias de parición.

Si nos detenemos más y dejamos que la imaginación encuentre nuevas alas, descubrimos, en el interior de *palabra*, otra voz, casi una forma imperativa, *labra* (del latín *laborare*), que nos invita a pensar, a trabajar el pensamiento, a cincelarlo, en estado de trascendencia, sin zozobras, para propiciar ese momento casi sagrado en que hombre y palabra se esperan, se llaman y se encuentran, se multiplican, se yerguen y se desmoronan, pues escribir es labranza, ascesis, milagro espiritual para fecundar la tierra virgen de cada día. Escribir es abrir el surco para conmemorar la siembra. Decía Rimbaud que «la mano que sostiene la pluma equivale a la mano que sostiene el arado».¹¹

Vivimos entre palabras y por ellas, pero realmente no sabemos qué son; a veces, las devora nuestra indiferencia, y buscan una boca que las diga. Las evitamos cuando no nos convienen y las perseguimos desesperadamente cuando reconocemos que, alejados de la verdad, hemos perdido el fervor de los significados.

Dijo Víctor Hugo que «todo hombre es discípulo de alguna palabra profunda». El escritor, que sabe que hay algo más allá de las palabras, aspira a consagrarlas, a devolverles su carácter sagrado. Ésa es su vocación ilimitada, ésa es su palabra profunda: nombrar para seguir naciendo, esculpir las caracolas de agua de sus mares sin orillas, caminar tras las huellas del viento para desenterrar sus horizontes, envolverse en los rituales del fuego, sentir el sol desde el sol, desprenderse generosamente de su cuerpo para penetrar, sueños adentro, la sabia transparencia de las raíces.

Cuando escribe, cabalga más allá de los comienzos, reconoce las hazañas de todos los mitos; es hombre pájaro, hombre río, hombre selva, hombre astro, hombre calle, hombre sangre, hombre cruz, para soportar la crucifixión de tantos seres rotos en los confines de las horas. Y las palabras

¹⁰ «Trabajos del poeta [1949]», *¿Águila o Sol?*, ed. conmemorativa, 50º aniversario (1951-2001), México, FCE, 2001, p. 15.

¹¹ Citado por Jean-Jacques Antier en *Sabiduría cotidiana. El libro de las virtudes recuperadas*, traducción de Amanda Fornas de Gioia, Buenos Aires, Sudamericana, p. 64.

crecen sin máscaras, crecen sin pausa en el alba de su espíritu.

Lo material obstruye los caminos del alma, disecca los ojos para que no miremos el cielo. Y los hombres necesitamos poseer la valentía de mirar, que es más que ver, y de no olvidar los valores, que es peor que negarlos, para que nunca sea demasiado tarde.

El escritor tiene que devolverle al mundo la esperanza en la palabra y unir en ella el vuelo indomable, pero sublime, de Pegaso y la excelsitud espiritual del unicornio; transmitir con ella que la razón de la vida se sostiene en lo bello, lo bueno y lo verdadero, y que la paz es posible.

Entonces, al consagrarse a las palabras, debe rescatarnos de la esclavitud de la desidia, de nuestros ciegos errores, y, como quien camina feliz a un nuevo nacimiento, ofrecerlas siempre como otras parábolas, alumbradoras, mansas, acabadas o inacabables, erigidas en la fe y en perenne resurrección. Así lo

dice nuestro poeta Ricardo Eufemio Molinari (1898-1996):

¡Eternidad!, espacios venideros,
mares altos, contiguos, apartados,
para ti sola, envuelta, estos helados
presentes y estos tallos, voladeros.

Esta flor y estos días lisonjeros,
entre el aire y la tierra separados,
y esta voz y este amor desocupados.
¡Sí, para siempre, y siempre, prisioneros!

Remonta y sube, flor delgada, hermosa,
y sal de mí, conmigo; ya ofrecido
a la muerte y al tiempo inolvidable.

Sobre tus ramos y ventura ansiosa,
recoge en ti este viento trascendido,
¡oh, flor —camelia blanca— interminable!¹²

¹² «Sonetos a una camelia cortada. V», *Esta rosa obscura del aire* (1949), en *Las sombras del pájaro tostado* (1923-1973), Buenos Aires, El Mangrullo, 1974, p. 281.